



Del blanco y negro al color

Underground fue una palabra que en nuestro país pudo traducirse como 'marginal'. Se era marginal por libre elección. La censura, la falta de medios económicos y la ley de Peligrosidad Social contribuían a que esa libre elección no fuera una falsa postura. La ausencia en el mercado de una publicación que acogiera las obras 'diferentes' que realizábamos un grupito de artistas reunidos bajo el nombre de 'El Rollo enmascarado', hizo que nos resolviéramos a autoeditarlas. Empezó un periplo de búsqueda de dinero por aquí y por allá para pagar a una imprenta que aceptara hacer una corta y pobre tirada de 'aquella cosa', que venderíamos después por calles, bares y festivales. 'Aquella cosa' tenía que ser en blanco y negro (o azul y negro, o rojo y negro) para simular color, como hicimos en 'El Rollo enmascarado'. El 'Catalina', por ejemplo, fue realizado en bitono verde y rojo por una cara, y blanco y negro por la otra. Nosotros pensábamos en blanco y negro, y las gamas de grises las conseguíamos con letraset o con las plumillas Brandauer superfinas, con las que obteníamos unos degradados admirables (cuando dejaron de fabricarlas, Pepichek y yo lloramos). En 1974, las portadas de la recién estrenada revista 'Star' fueron un lujo a todo color, sólo al alcance de unos pocos afortunados. Pero el interior seguía siendo negro, bitono y papel pobre. En Madrid, las primeras fotocopiadoras hicieron de 'La piraña divina' un tebeo aún más clandestino que la versión que tirábamos en Barcelona con una copiadora vietnamita, ya no sólo porque el color verde desapareciera de la portada, si no porque a esta clandestinidad se le unió la piratería. Los 70 fueron, por tanto, años en blanco y negro. El color no llenó las calles hasta que el cadáver de Franco no estuvo bien muerto. Un estallido de lentejuelas y fuegos artificiales, de porros y ácidos, de esmalte de uñas y sueños, inundaron las Ramblas. Aún así, nuestras historietas seguían siendo concebidas en blanco y negro. Con los 80 llegó al mercado la revista 'El Víbora', hecha a nuestra medida. Ocho páginas centrales a todo color sirvieron de trampolín para las descocadas aventuras de la detective travesti Anarcoma. ¡Parecía que el color por fin había tomado Barcelona! Pero sólo fue así en el papel. Porque aquel color de la calle, ¡oh, desilusión!, hizo las maletas y se marchó a Madrid, dejándonos sumidos de nuevo en una grisura de 'grises' y seny NAZARIO

